

## PRÓLOGO

Encarnación SÁNCHEZ GARCÍA  
Università di Napoli L'Orientale/Real Academia Española

¡Quien viese la escritura, ya que no puede verse la pintura!

Garcilaso, égloga II, vv. 1840-1841

En uno de los pasajes dialécticos más intensos del *Diálogo de la lengua* cita Valdés a Garcilaso de la Vega. La que será única evocación del poeta en el coloquio aparece al final de la escena donde, con un alarde de suficiencia, el agente imperial de Carlos V enuncia su innovadora norma del *escribo como hablo*<sup>1</sup>. Las

---

<sup>1</sup> «V. [...] pues teneis mala memoria, torno a decir que de la pronunciación arábica le viene a la castellana convertir la *f* latina en *b*, de manera que, pues la pronunciación es con *b*, yo no sé por qué ha de ser la escritura con *f*, siendo fuera de propósito que en una lengua vulgar se pronuncie de una manera y escriba de otra; yo siempre he visto que usan la *b* los que se precian de escribir el castellano pura y castellanamente; los que ponen la *f* son los que, no siendo muy latinos, van trabajando por parecerlo.

M.: No me desplace lo que decís, pero veo también que en vocablos que no son latinos hacéis lo mismo.

V.: Y en esos mucho mejor quiero guardar mi regla de escribir como pronuncio.

P.: No sé yo si osaríais vos decir eso en la Cancillería de Valladolid.

competentes observaciones alegadas por Pacheco<sup>2</sup> dan pie a Valdés para reivindicar apasionadamente la altura de ingenio y la riqueza de juicio como únicos parámetros de nobleza intelectual y humana<sup>3</sup>. Recompones así el conquiso en su plenitud conceptual un binomio evocado por el pastor Salicio en la égloga II de Garcilaso<sup>4</sup>, cuando restauraba el que había sido el retrato moral de Albanio antes de volverse loco por amor de Camila:

Estraño ejemplo es ver en qué ha parado  
 Este gentil mancebo, Nemoroso,  
 ya a nosotros, que l'hemos más tratado,  
 manso, cuerdo, agradable, virtuoso,  
 sufrido, conversable, buen amigo,  
 y con un alto ingenio, gran reposo (vv. 904-906)<sup>5</sup>.

Valdés, por su parte, para exornar su teoría de la lengua se apoya en los mismos preceptos quintilíneos que emparejaban *ingenium* y *iudicium*<sup>6</sup> y adapta al sistema lingüístico, como ideal del buen hablante castellano, el ideal humano

---

V.: ¿Porqué no?

P: Porque os apedrearían aquellos notarios y escribanos que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo, porque con saber tres maravedís de latín hacen lo que vos reprehendéis.

V. Por eso me guardaré yo bien de decírselo a ellos. Ni aun a vosotros no lo dijera, si no me hubierais importunado»: Juan de Valdés (2010): *Diálogo de la lengua*, ed. de J. E. Laplana. Barcelona: Crítica, pp. 173-174.

<sup>2</sup> Como se ve, Pacheco se detiene en observar el distinto criterio vigente en la Cancillería de Valladolid —en cierto modo, un uso que podía ser reconocido como oficial—. Pacheco es en el coloquio la máscara de don Diego López Pacheco, III duque de Escalona y —nominalmente— marqués de Villena, a quien Valdés había tratado familiarmente durante los años pasados en la corte erasmista de su padre.

<sup>3</sup> «P.: ¿Porqué?

V.: Porque es la más recia cosa del mundo dar reglas en donde cada plebeyo y vulgar piensa que puede ser maestro.

P: Aunque sea fuera de propósito, os suplico me digais a quién llamáis plebeyos y vulgares.

V.: A todos los que son de bajo ingenio y poco juicio.

P: ¿Y si son altos de linaje y ricos de renta?

V.: Aunque sean cuan altos y cuan ricos quisieren, en mi opinión serán plebeyos si no son altos de ingenio y ricos de juicio» (*ibid.*, p. 174).

<sup>4</sup> Sobre la fecha de composición, entre 1533 y 1534, y a partir de los primeros meses de la estancia del poeta en Nápoles, cfr. el comentario del editor en Garcilaso de la Vega (2007): *Obra poética y textos en prosa*, ed. de Bienvenido Morros. Barcelona: Crítica, p. 220.

<sup>5</sup> «El curso acostumbrado del ingenio,/ aunque le falte el genio que lo mueva,/ con la fuga que lleva corre un poco,/ y aunque éste está ahora loco, no por eso/ ha de dar al travieso su sentido,/ en todo habiendo sido cual tú sabes» (vv.948-953).

<sup>6</sup> Quintiliano, X, ii, 12 y VIII, iii, 56.

clásico que Garcilaso había encarnado tan elegantemente en Albanio (nuevo Orlando furioso<sup>7</sup>, quien, no obstante, dejaba transparentar aquel canon con luces entreveradas).

Precisamente la valoración que hace Valdés de la antigua doctrina es la que, al cambio de tercio de Pacheco con Martio<sup>8</sup>, va a provocar la animada serie de puyas con el italiano, cuyo orgulloso prejuicio sobre la superioridad de la tradición humanística de su patria quisiera negar a Castilla las condiciones necesarias para cultivar un ideal como el que acaba de reivindicar Valdés:

M.: Esa filosofía no la aprendisteis vos en Castilla.

V.: Engañado estáis; antes, después que vine en Italia, he olvidado mucha parte della.

M.: Será por culpa vuestra.

V.: Si ha sido culpa mía o no, no digo nada; basta que es así, que mucha parte de la que vos llamáis filosofía, que aprendí en España, he olvidado en Italia.

M.: Esa es cosa nueva para mí.

V.: Pues, para mí, es tan vieja que me pesa.

M.: No quiero disputar con vos en esto, pues tan bien me habéis satisfecho en lo que os he preguntado.

V.: Me huelgo que os satisfaga, pero más quisiera satisfacer a Garcilaso de la Vega, con otros dos caballeros de la corte del Emperador que yo conozco.

Realzada por la retórica del sobrepujamiento que estructura el entero pasaje, la cita del poeta desvela, por una parte, que Valdés estaba ya pensando en Garcilaso mientras discurría con Pacheco y, por otra, que Martio tiene una perfecta comprensión del sentido y alcance de la reivindicación de su interlocutor, quien ve ya representado aquel ideal clásico entre españoles. Y no es casual que la maestría de Valdés cuando pinta con *verba* unas *acciones* de complejas perspectivas consagre aquí, en el tiempo central del simposio, a Garcilaso como máxima autoridad lingüística del castellano culto y cortesano, el que se habla y se escribe en ese momento en la corte del Emperador: es ese el modelo de lengua que planea sobre todo lo que Valdés va a afirmar a partir de ahí, aunque no vuelva a nombrar al poeta.

---

<sup>7</sup> Opina Morros que «el encarecimiento de las cualidades de Albanio antes de enloquecer guarda cierta relación con Ariosto», *Orlando furioso*, I,ii, 1 y 3-4: «Dirò d'Orlando in un medesimo tratto.../ che per amor venne in furore e matto,/ d'uom che sì saggio era stimato prima»; «la gran beltà ch'al gran signor d'Anglante/ macchiò la chiara fama e l'alto ingegno»: Garcilaso de la Vega, *Obra poética*, ed. cit., p. 265n.

<sup>8</sup> *Alter ego* del secretario del reino de Nápoles, Bernardino Martirano, el nombre de este personaje es Martio en el testimonio manuscrito más antiguo (ms. 8629 de la BNE), que no Marcio, como aparece en casi todas las ediciones, con una sola honrosa excepción (Usoz).

Por lo demás, la reserva mental del italiano —que alguno más ligero que Valdés hubiera podido tomar por un cumplido sobre su actividad de humanista en Italia— va a quedar pulverizada por esa invocación a Garcilaso, ejemplo de equilibrio entre ingenio y juicio y dechado del bien hablar. Se trata de una suerte de consagración apoteósica del poeta, en una elegante instantánea —por su graciosa *sprezzatura* y su levedad— que sitúa a Garcilaso en el escenario más luminoso de todo el sistema, la corte imperial, acompañado por esos «otros dos caballeros» (¿Pacheco y él?), igualmente ejemplares, pero cuyo anonimato acaba por exaltar aún más el valor del toledano.

No hay que olvidar que la corte de Carlos V está presente en Nápoles mientras Valdés escribe el *Diálogo de la lengua*, y que el simposio está ambientado precisamente en los mismos meses en que la presencia del rey convierte a Nápoles en la capital del imperio. Se deriva que el modelo garcilasiano que propone Valdés a sus interlocutores es a la vez áulico y cercanísimo: la cita es una suerte de invitación a descubrir la excelencia del toledano, al establecer Valdés una correlación ideal entre el modelo vivo de lengua que es Garcilaso en la corte imperial y el propio esfuerzo doctrinario en el cenáculo de Martio; desde este punto de vista el pasaje, en última instancia, es un documento fehaciente sobre el reconocimiento de Valdés a Garcilaso como autoridad de la lengua castellana, la única que va a admitir el conquense, en una estupenda transferencia en la persona del poeta de las prerrogativas que Bembo tenía en ámbito itálico.

Quizás sea esa la razón por la que Martio va a contestar a Valdés tan tajante cuanto tibiamente<sup>9</sup>. Se podría pensar que la máscara del secretario del *Regno* deja constancia aquí de la distancia que había entre su cenáculo de Leucopetra (la *villa* situada a los pies del Vesuvio que frecuentaban los más adictos al virrey Toledo de entre últimos pontanianos, en la que Valdés ambienta el diálogo) y la academia de Seripando, que tanto frecuentaba Garcilaso y que tanto hizo por su promoción a los ojos de Bembo —como diseña magistralmente Eugenia Fosalba en el último capítulo de este libro—.

En general, el pasaje de Valdés es un luminoso icono que da fe de la autoridad moral y poética de Garcilaso en la corte del Emperador a finales del 1535 o principios del año siguiente. Representa, en efecto, un instante sublime de su trayectoria como caballero y poeta, cuando es ya él el árbitro del español y, de nuevo junto a Carlos, constituye la única medida que colma el proyecto de lengua vehicular imperial que propone Valdés.

---

<sup>9</sup> «Si no se satisfizieren quando vieren alguna cosa donde estuviere guardada la regla que dezís, ellos sabrán por qué, basta que nosotros quedamos satisfechos»: *Diálogo de la lengua*, ed. cit, p. 175.

De esa trayectoria de Garcilaso ofrece ahora Eugenia Fosalba una serie de ecuaciones inéditas, calculadas y resueltas con agudeza: desde las nuevas aportaciones del capítulo I sobre los contactos personales que el joven caballero mantiene en la corte imperial de Toledo con Navagero y Castiglione en 1525, hasta esa «cierta perspectiva» del capítulo V desde la que la autora analiza los testimonios de las acciones heroicas del toledano en la Jornada de Túnez —situándole «en lugar cercano al emperador, observando desde la distancia las escaramuzas» y sugiriendo que «desde ahí le fue solicitado que salvara al caballero [Alonso de la Cueva] en apuros»—, es singular el acopio de noticias sobre esta cercanía entre Garcilaso y el rey. Ni siquiera el «desvío voluntario de la hazaña protagonizada por César Africano» (consignado por Garcilaso en textos compuestos en las semanas y los meses siguientes a la victoria de Túnez, como el soneto XXXIII) la va a dañar, como demuestran detalles, incluso fugaces, muy bien definidos por Eugenia Fosalba: a su vuelta de la jornada de Túnez, Garcilaso hace de trámite entre Luis de Ávila y Juan Ginés de Sepúlveda, a quien envía la crónica sobre la guerra de Ávila, y, poco después, compone la oda alcaica dedicada a Sepúlveda, con la que «quizá aspiraba a prologar el *De bello Africo*» y que pudo «tener ocasión de entregar [al humanista cordobés] durante la entrada del emperador en la Ciudad Santa en abril de 1536».

En su conjunto, Eugenia Fosalba interroga la mole documental consultada con un anhelo lleno de fuerza, haciendo un uso problemático de los datos, «arañados de la biografía italiana todavía no escrita de Garcilaso». De los manuscritos e impresos antiguos de la Biblioteca Nacional de Nápoles y de otras instituciones partenopeas (consultados apasionadamente, como ella misma explica en su prefacio), recaba la autora no sólo información sino también la inspiración necesaria para la elaboración de los capítulos centrales del libro, decisivos para la comprensión de procesos de ósmosis poco atendidos hasta aquí entre humanismo latino napolitano y actividad intelectual y creativa de Garcilaso durante los primeros años del gobierno de marqués de Villafranca, época felicísima, y, como tal, breve, que culmina con la estancia del Emperador en Nápoles, la más larga de su viaje ceremonial de Trapani a Siena.

La terrible imagen de Garcilaso en Le Puy, víctima de su propia coherencia, y la muerte del poeta en Niza marcan *de facto* un cambio de época en Nápoles: Juan de Valdés, a diferencia de lo que había hecho con su *Diálogo de doctrina cristiana* (Alcalá, Miguel de Eguía, 1529), traspapela el manuscrito de su obra maestra y dedica todas sus energías a su magisterio espiritual, el virrey Toledo inicia un lento recogimiento interior, paralelo a su progresivo retiro en el palacio que va construyéndose en Pozzuoli a partir de 1538.